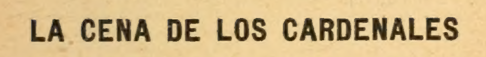



V. SUÁREZ
PRECIADOS 48
MADRID




JULIO DANTAS
LA CENA DE LOS CARDENALES
TRADUCCION DE
FRANCISCO VILLAESPESA
SUCESORES DE HERNANDO
EDITORES



LA CENA DE LOS CARDENALES

OBRAS DE VILLAESPESA

POESÍA

Intimidades.
Flores de almendro.
Luchas.
Confidencias.
La copa del Rey de Thule.
El alto de los bohemios.
Rapsodias.
Las canciones del camino.
Tristitiae Rerum.
Carmen.
El Patio de los Arrayanes.
Viaje sentimental.
El mirador de Lindaraxa.
Palabras autiguas.
El libro de Job.
El jardín de las Quimeras.
Las horas que pasan.
Saudades.
In memoriam.
Bajo la lluvia.
Torre de marfil.
Andalucía.
Los remansos del crepúsculo
El espejo encantado.
Collares rotos.
Los panales de oro.
El balcón de Verona.
Jardines de plata.
El libro de los sonetos
Lámparas votivas.

PROSA

El milagro de las rosas.
El último Abderramán.
La venganza de Aischa.
Zarza florida.
Breviario de amor.
Vida y Arte.
I. Julio Herrera Reissig.
Las granadas de rubíes.
Fiesta de Poesía.
Las garras de la pantera.
Las joyas de Margarita.

TEATRO

El Alcázar de las Perlas (tragedia árabe en cuatro actos y en verso).
Doña María de Padilla (drama histórico en tres actos y en verso).
El Rey Galaor (tragedia en tres actos y en verso, inspirada en un poema de Eugenio de Castro).
Ensueño de una noche de Invierno (poema lírico en tres cuadros y en verso, música de Ramón M. Montilla).
Un nocturno de Chopín (comedia romántica en un acto y en prosa.)
El ídolo roto (comedia en un acto y en prosa).
¡Era El! (poema en un acto y en verso).
Judith (tragedia bíblica en tres actos y en verso).
Aben-Humeya (tragedia morisca en cuatro actos y en verso).
El Halconero (leyenda trágica en tres actos y en verso).

TRADUCCIONES

La Gioconda (de Gabriel D'Annunzzio).
La Cena de los Cardenales (de Julio Dantas).
Don Beltrán de Figueroa (de Julio Dantas))
Rosas de todo el año (de Julio Dantas).
Dolor Supremo (de Marcelino Mezquita).



LA CENA DE LOS CARDENALES

Comedia en un acto y en verso

DE

JULIO DANTAS

traducción de

FRANCISCO VILLAESPESA

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro de Novedades de Barcelona

MADRID
IMPRENTA HISPANO-ALEMANA
Gonzalo de Córdova, 22.—*Tel .4610*
1913

PERSONAJES

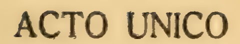
CARDENAL GONZAGA DE CASTRO, Obispo de Albano y Camarlengo. RICARDO CALVO.

CARDENAL RUFO, Arzobispo de Ostia y Deán del Sacro Colegio.— FELIPE VAZ.

CARDENAL DE MONTMORENCY, Obispo de Palestina.—BARTOLOMÉ VELÁZQUÉZ.

FÁMULOS

La acción en Roma, en el Vaticano, durante el Pontificado de Benedicto XIV.—Siglo XVIII



ACTO UNICO

Una gran sala en el Vaticano. Paredes cubiertas de tapices de Arras. Amplios techos de artesonados de talla dorada. Un retrato del Cardenal rojo, de Raphael, sobre la chimenea. A la derecha, en primer término, la clave, el violín y el violoncello de un terceto clásico. Altos estantes frailunos. Luces. Al fondo, un largo taburete, donde descansan las capas, los sombreros y los bastones. A la izquierda, en primer término, un gran armario cargado de vajillas de oro y plata repujada. Casi en el centro, el «buffet» donde cenan los cardenales. Mantel de holandilla picada de encajes; servicio de Sévres, blanco y oro. Cristalería.



ESCENA ÚNICA



CARDENAL GONZAGA, CARDENAL RUFO y CARDENAL MONTMORENCY, sentados á la mesa, cenando. Los fámulos vestidos todos de verde y plata, les sirven de rodillas.

CARDENAL RUFO

(Visiblemente enfadado.)

¡Oiréis lo que les digo!...

CARDENAL GONZAGA

(Al Cardenal Rufo, señalándole una fuente de Sévres.)

¡Eminencia el faisán!...

CARDENAL RUFO

... Como Arzobispo de Ostia y Cardenal Deán,

recibiré mañana la embajada francesa...
Ya le diré...

CARDENAL MONTMORENCY

(Interrumpiéndole.)

Es inútil. La humanidad progresa.

Y no es justo se cierre al pensamiento humano,
como puerta de oro, el viejo Vaticano.

¿Le diréis?... ¿Qué podría decir vuestra Eminencia?

CARDENAL RUFO

(Vehemente.)

Francia es la enciclopedia...

CARDENAL MONTMORENCY

Roma es la intransigencia...

CARDENAL GONZAGA

(Conciliador.)

No discutan más... ¡calma!

CARDENAL RUFO

(A un fámulo que curvada la rodilla, sirve los vinos.)

¡Jerez añejo!

CARDENAL MONTMORENCY

(A otro fámulo.)

¡Rhin!

CARDENAL RUFO

¡Qué escándalo! Vió Roma por vez primera, al fin,

á Benedicto, á un Papa, recibir con placer
consejos de Inglaterra y cartas de Voltaire.

CARDENAL MONTMORENCY

(Grandiosamente.)

Las cartas de Voltaire honran...

CARDENAL RUFO

(Con una sonrisa desdeñosa.)

¡Es natural!

Habla como francés...

CARDENAL MONTMORENCY

(Con dignidad.)

Y como cardenal.

CARDENAL GONZAGA

(Interviniendo de nuevo.)

Eminencias, son pláticas demasiado formales
para una cena alegre... En fin, tres Cardenales

no han de salvar á Roma.

CARDENAL RUFO

(Tomando una gran actitud.)

Pues bien, en mi conciencia,
uno sólo bastaba para ello...

CARDENAL MONTMORENCY

(Con ironía.)

¿Su Eminencia?

CARDENAL GONZAGA

(Conciliador, dulcemente.)

Dejemos eso á Dios. ¡En sus manos están
los destinos de Roma!

CARDENAL MONTMORENCY

(Con una sonrisa.)

¡Nosotros, al faisán!

(Trinchando con galantería.)

Si permiten, yo sirvo. Es un faisán dorado,
detestable político, mas todo embalsamado

de trufas. No hizo Encíclicas, ni comentó la Suma,
ni ha usado solideo sobre dorada pluma;

ni discutió á Calvino en pleno Consistorio;
mas vale más, sin duda, que el propio San Gregorio.

(Al Cardenal Rufo.)

¿No lo cree su Eminencia?

(Al cardenal Gonzaga, sirviéndole.)

¿Un muslo, el ala, el pecho?...
¡Superior, sin disputa, sobre todo en Derecho

Canónico! Eminencia, ¿un alón? ¡Ah tal vez
ablandarle consiga mojándole en Jerez!

El faisán es ya duro para viejos dolientes...

CARDENAL GONZAGA

(Muy formal.)

Eminencia, aún me quedan mis cuatro ó cinco dientes.

CARDENAL RUFO

(Probando el faisán.)

¡Benedicto catorce no obrase acaso mal
dándole al cocinero borlas de Cardenal!

CARDENAL MONTMORENCY

(Al Cardenal Rufo.)

Hace poco, Eminencia disgustándose conmigo...
Confiese.

CARDENAL RUFO

¿Yo?

CARDENAL MONTMORENCY

Enfadóse...

CARDENAL RUFO

Voltaire es enemigo...

CARDENAL MONTMORENCY

Y nosotros amigos... Son discordias fugaces,
Eminencia...

CARDENAL RUFO

(Abrazándole con ternura.)

Mas luego...

CARDENAL MONTMORENCY

(Besándole.)

Viene el *osculum pacis.*

CARDENAL RUFO

Un beso y otro beso, un año y otro, en vano...
¡Cómo nos envejece el viejo Vaticano!

La intriga que se teje y muere cada día
en el sutil misterio de esta tapicería...

Política en las sombras... Los pasos siempre inciertos.

CARDENAL GONZAGA

(Mirando al estante de música.)

Lo único que nos salva...

CARDENAL MONTMORENCY

¡Oh, sí; nuestros conciertos!

CARDENAL RUFO

¡Oyendo nuestra música, los pesares se van!...

CARDENAL GONZAGA

(Con éxtasis.)

¡El alma á Dios elevan las fugas de *Lalande*!

CARDENAL RUFO

(A Montmorency.)

Y después... ¡Su violín que nos transporta al cielo...
¡Su Eminencia es artista!

CARDENAL MONTMORENCY

(A Rufo.)

Pues ¡y su violoncello!

CARDENAL RUFO

(Con una sonrisa de beatitud.)

¡Solos los tres, haríamos á Roma tan dichosa!...

CARDENAL MONTMORENCY

(Tristemente.)

¡La juventud tan lejos!...

CARDENAL GONZAGA

(Con una lágrima.)

¡Y tan cerca la fosa!
Cayó sobre nosotros la nieve, y nos helamos.

CARDENAL RUFO

¡Tan pronto envejecimos!

CARDENAL GONZAGA

(A Rufo.)

¡Tan viejos nos hallamos!

El sol de nuestras vidas empañó la tormenta...

CARDENAL RUFO

(Como en un sueño.)

¡Sol!

CARDENAL MONTMORENCY

(A un fámulo.)

¡Champagne!

CARDENAL GONZAGA

Mas su tibio recuerdo aún nos alienta..,

El pensar que se ha amado, que se vivió... ¡El amor!..
¡El tronco envejecido soñando que aún da flor!

(Después de un instante como embebecidos.)

Un misterioso monte semeja nuestra vida...
Todo lleno de rosas frescas, á la subida,

y al bajar, todo espinas... ¡La juventud tan lejos!
¡Tan viejos nos hallamos!...

CARDENAL RUFO

(Tristemente.)

¡Tan viejos!

CARDENAL MONTMORENCY

¡Ay, tan viejos!

CARDENAL RUFO

Tengo setenta y tres.

CARDENAL GONZAGA

Yo, ochenta y uno...

(Montmorency sonríe, mirándoles.)

CARDENAL RUFO

(A Montmorency.)

¿Y vos?

CARDENAL MONTMORENCY

¡Sesenta ya he cumplido!

CARDENAL RUFO

(*Mirando* embebecido á Montmorency.)

¡Sesenta!... ¡Vive Dios!

¡Sesenta sólo! Aún vive en plena primavera.
Yo, á su edad, como un roble, robusto y fuerte era...

CARDENAL GONZAGA

Pues ¿y yo?

CARDENAL RUFO

¡Con sus años un hombre nunca es viejo!...
¡El solideo, entonces, poníame al espejo,

Y con amor veía, bajo seda bermeja,
brillar hilos de oro entre la plata vieja.

CARDENAL MONTMORENCY

Con sesenta cumplidos no soy precisamente,
¡perdonad, Eminencias!, un párvulo inocente...

También yo soy un viejo, mas con el aire blando
de quien vivió sin penas y envejeció cantando.

CARDENAL GONZAGA

¡Aún sois un niño! Cuando lleguéis á nuestra edad,
veréis que los recuerdos de aquella mocedad

son el único encanto que surge ante los ojos...
Recordar, para un viejo, es postrarse de hinojos...

CARDENAL MONTMORENCY

¡Tan bien lo sé, Eminencias!... Vivir es recordar,
transformar en sonrisa lo que nos dió pesar;

evocar en el alma una edad ya pasada,
como en capilla de oro ha cien años cerrada,

donde ya no va nadie, mas donde hay un destello
de las fiestas antiguas... ¡Como el recuerdo, es bello!

¿Cómo no he de saberlo?... Y es curioso, Eminencias...
No nos hicimos nunca íntimas confidencias,

y somos como hermanos...

CARDENAL RUFO

¿Confidencias?

CARDENAL MONTMORENCY

¿Qué tiene
de extraño, entre nosotros? ¡La muerte presto viene!

Miremos al pasado... Recordemos la vida...
La saudade de un viejo es vereda florida...

CARDENAL RUFO

(Como en un sueño.)

¡Confidencias de amores!

CARDENAL MONTMORENCY

¿Por qué no se han de hacer?
En toda juventud hay risas de mujer...

Hablando de esas risas, el pasado es presente.
Recordar un amor, es amar nuevamente...

Nadie nos oye ahora...

CARDENAL GONZAGA

¡Eminencia!...

CARDENAL MONTMORENCY

¡El mayor
amor de nuestra vida!...

CARDENAL GONZAGA

(Con sincero pudor tapándose la cara.)

¡Oh!

CARDENAL RUFO

(Como quien sueña.)

¡Sí; el mayor amor!

CARDENAL GONZAGA

(Como queriendo protestar.)

Mas somos Cardenales...

CARDENAL RUFO

(Entusiasmándose),

El sentimiento humano
en todas partes vive: ¡hasta en el Vaticano!

Porque puede esta púrpura á nuestro amor matar;
¡¡mas nos deja el recuerdo!!... ¡Y amar es recordar!

CARDENAL MONTMORENCY

(Al Cardenal Gonzaga.)

Que comience el más viejo... Eminencia...

CARDENAL GONZAGA

¡No, no!

CARDENAL RUFO

(A Montmorency.)

El más joven...

CARDENAL MONTMORENCY

(Excusándose pulidamente en un gesto.)

¡Perdonen!

CARDENAL RUFO

(Tomando una gran actitud.)

¡Entonces seré yo!...

(Dudando un instante.)

¿Qué quieren que les cuente?

(Levantando la cabeza, los ojos brillantes, como el que encuentra algún recuerdo.)

La más bella aventura
que imaginarse puedan... Si tuviese aún ternura

mi voz, ¡con qué vehemencia la pudiese contar!...
Eminencias, perdonen, si al fin, me ven llorar...

Si se escapa una lágrima... ¡Ay, son impertinencias
de viejos.

CARDENAL MONTMORENCY

(Como convidándole á comenzar.)

¡Eminencia!

CARDENAL RUFO

(Después de un ligero saludo á ambos.)

Ya comienzo! Eminencias!
A los veintidós años de edad próximamente
fuí yo, por gentileza de un hidalgo pariente,

envuelto en mi amplia capa negra con vuelta blanca
á leer leyes y cánones allá por Salamanca.

Era yo un mozalbete espadachín y osado,
manto al hombro, chambergo al viento, espada al lado;

poseedor del instinto de la frase y del gesto;
Velázquez en el traje, Don Quijote en el resto,

¡muy capaz en mis ímpetus, como suprema hazaña,
de haber desafiado al propio Rey de España!

¡Ay, calcular no puede ahora, Vuestra Eminencia
cómo mi bozo rubio irradiaba insolencia!

No maté en duelo al sol, allá por las alturas,
sólo por no dejar á Salamanca á obscuras!...

Y respecto al amor, como esencia divina,
me quedé en el Don Juan de Tirso de Molina.

Para mi ardiente anhelo, el amor más sentido
moría, aun en flor, una vez poseído...



Odiaba á la mujer, después de conquistada;
la conquista era todo, el resto, casi nada...

No podía sufrir aventuras sin celos;
para mí, los amores eran tan sólo duelos...

Batíame al caso, en fin, por cualquier cosa:
una mujer, un beso, una piedra preciosa,

un lazo que se cae, una flor arrojada,
la gracia de una risa, el don de una mirada...

Al amor sin rivales no le daba importancia...
Para mí todo era violencia y arrogancia:

luchar, vencer, abrirme en un furioso exceso,
con la hoja de la espada el camino del beso...

Tomarlo por asalto entre ansias y fatigas,
como rojo estandarte, de manos enemigas...

Así, entonces, vivíamos todos los estudiantes,
olvidando á Platón y leyendo á Cervantes,

cuando entró de jornada en Salamanca un día,
sobre carros de bueyes, la mejor compañía

de cómicos de España...

CARDENAL MONTMORENCY

(Con una sonrisa.)

La de Moliére ¿no vió?

¡Admirable, admirable!

CARDENAL RUFO

(Sin inmutarse.)

¡Mas como ésta, no!...

¡Ni tan rica tampoco! Produjo una locura
en la Universidad. La primera figura

del bando, era una joven de talle primoroso,
una antigua belleza, un Rubens prodigioso.

CARDENAL GONZAGA

(Tapándose la cabeza con las manos.)

¡Oh!

CARDENAL RUFO

De un rubio flamenco la cabecita airosa,
toda en un garavín de seda color rosa,

como un beso de luz, rescendía inocencias...

CARDENAL MONTMORENCY

(Extrañando la palabra.)

¡Oh!

CARDENAL RUFO

¡Les pido perdón, sí me excedo, Eminencias!

Era tan linda y frágil, que un ángel parecía...
Si Dios la pretendiese... ¡A Dios desafiaría!

Ver un ángel diciendo ¡naturaleza ciega!,
versos de Calderón y de Lope de Vega!

Se levantó la escena sobre un patio muy viejo,
todo armado, á la hidalga, con damasco bermejo,

y un alfombra real de capas de estudiantes...

(En un desfallecimiento, enjugando una lágrima.)

¡Ay, lo que soy ahora! ¡Ay, cómo fuí yo antes!

¡Cuánta luz, cuánto fuego la dura vejez roba!...
Después, representaron... no sé... *La niña boba*...

Ese poema leve, esa farsa graciosa,
en donde ella era la flor mas prodigiosa...

Iba ya á terminar la representación,
cuando escuché á mi lado, en un bando felón

de estudiantes, decir con voz ronca y sumida:
«El rapto será luego... ¡Después de la salida!

¡Cerca de los Blasones!... Al disponerse á entrar
en su silla de manos, caeremos á la par

sobre ella.» Ya no quise saber ni escuchar nada...
Desenvainado había medio palmo de espada;

mas me contuve. «Luego es mejor—dije yo...
Cuando acabó la pieza era noche. Cayó

la cortina. La silla, esperándole fuera,
junto á la vieja Puerta de los Blasones, era

como un nido infantil de lucido brocado...
Cerca, el bando escolar aguardaba embozado.

El anillo y la espada solo vale lo que
la mano que los lleva—me dije, y me oculté...

Mas siempre es fuerte el brazo cuando la dama es bella...
Desenvainé la espada... y en esto asomó ella...

Me aproximé en un salto, y en rápidos instantes,
yo solo contra una veintena de estudiantes,

contra una Facultad, exponiendo la vida,
con la espada en una mano y la capa tendida,

tajé, ensangrenté, herí, con tal violencia...

(Esgrimiendo el bastón sobre la mesa.)

¡Así, así!

CARDENAL MONTMORENCY

(Defendiendo la porcelana y el servicio riquísimo.)

¡Por Dios! ¡Es Sévres, Eminencia!

CARDENAL RUFO

(Sentándose con un gran gesto fanfarrón.)

Y no los maté á todos, entonces, en verdad,
por no cerrar las puertas de la Universidad!

CARDENAL GONZAGA

(Profundamente admirado.)

¡Solo, solo con veinte!... ¡Una lucha sangrienta!

CARDENAL RUFO

¿Veinte?... Treinta, ó tal vez, contando bien, cuarenta.

CARDENAL MONTMORENCY

¿Y la silla de manos?

CARDENAL RUFO

¡Ay, desapareció!

CARDEÑAL MONTMORENCY

¿Y la cómica?

CARDENAL RUFO

Fuése.

CARDENAL MONTMORENCY

¿No la seguisteis?

CARDENAL RUFO

¡No!

CARDENAL MONTMORENCY

¿No la visteis de nuevo?

CARDENAL RUFO

(Tristemente.)

Nunca á verla volví...
Por eso la amé tanto... Jamás la poseí...

CARDENAL MONTMORENCY

Yo en su caso, Eminencia...

CARDENAL RUFO

Diga...

CARDENAL MONTMORENCY

Si lo consiente...
A ella me acercaría rápida y gentilmente;

y al contemplarla, entonces, fiel me arrodillaría,
y el sombrero, al estilo viejo, me quitaría;

y postrándome junto á la puerta dorada,
el cuerpo arrodillado y el alma arrodillada,

diríale con los ojos llenos de sueños locos:
«¡Perdonadme, señora, si luché con tan pocos!»

CARDENAL RUFO

¡Hermosa frase! Lástima que no se me ocurriera
entonces. Ahora es tarde... ¡Si aún hallarla pudiera!

CARDENAL MONTMORENCY

La frase tiene espíritu. Amor, pensando bien,
no es tan sólo bravura, espíritu es también,

Esa fuerza sutil, de toda fuerza base,
que es el alma del gesto, nobleza de la frase,

algo muy tenue y fino, fluctuoso y ardiente,
que arrodillar nos hace ireflexivamente;

que vence, y nos perturba, y al brotar de la boca,
viste de seda y oro la confesión más loca...

¿Qué fuera sin espíritu el amor, Eminencia?
¡Una pasión brutal ó una impertinencia,

sin pureza, sin todo aquello que resume
en un beso la vida y el alma en un perfume!

Con sus puños de encajes, hasta es bella la ofensa,
pues si es fina la espada, la frase es más intensa.

Una sutil escuela de esgrima delicada:
nos busca el corazón la frase, cual la espada,

y al herir se deshace en mil piedras preciosas,
cual los rayos del sol cuando hieren las rosas...

¡Si al hombre vence el hierro y si es bello vencer,
hace más el espíritu, pues vence á la mujer!

En mi tiempo, en los tiempos en que yo amé y viví,
era lo que aun hoy son los de Montmorency:

un gran espiritual, león de la nobleza,
cabellera anillada, gola á la genovesa,

paseando orgulloso, todo seda triunfales,
de los duques de Maine, los salones feudales...

¡Ay, qué lejos están estos tiempos de amor!
¡Qué lejos!... Cierto día, el viejo Philidor

tocaba sobre el clave un lindo minuete...
un mimo, ¡lo que hay más siglo diez y siete!

(Queriendo recordar y cantando.)

La-rí, la-rí, larí...

(Supirando el canto tristemente.)

No me acuerdo bastante...

¡Todo pasa!

(Intentando de nuevo recordar.)

La rí... Alguien, en este instante,

una linda mujer, que yo había encontrado
á veces en Versalles, en su coche dorado,

la Embajadora de Austria, un prodigio, un asombro,
pasó en un lindo gesto su mano por mi hombro,

y dijo con acento desdeñoso: «Marqués,
os odio.» Sonreí... Y por segunda vez:

«Os detesto.» Aún reí dulcemente... Eminencias,
una mujer bonita que nos dice insolencias

es la cosa más bella, galante y deliciosa
que puede imaginarse. Es como si una rosa

lanzase imprecaciones, trémula y sonrojada,
contra el ala de sol de una abeja dorada...

Mas, por tercera vez: «¡Marqués, os tengo horror!»
Ya no reí... En el clave, el viejo Philidor

tocaba el minuete...

(Queriendo aún acordarse. Con una gran expresión dolorosa.)

¡Tanto tiempo ha pasado,
que aquellas dulces notas mi memoria ha olvidado!...

Los años... No recuerdo...

(Viendo de repente el viejo clavicordio y levantándose.

Recordarlo tal vez
consiga en el teclado de este clave holandés.

(Hiriendo las teclas con la mano izquierda, de pie. Mientras toca, continúa hablando con los Cardenales.)

La ri, la-ra... ¡Entonces, decidíme, Eminencias!
Me compuse el cabello, hice dos reverencias

á la antigua, un pie atrás y la mano en la espada,
y curvándome ante mi enemiga adorada,

le murmuré: «¡La mano! ¡Démela, mi señora!
No me detestará dentro de media hora.»



Danzamos el minuete... Ella, era singular,
me daba la ilusión de un encaje al danzar,

un encaje ligero, Sajonia transparente,
donde iban á posarse, perturbadoramente,

como enjambre de oro, espiritual y leve,
la sutil ironía y el epigrama breve,

frase á lo Miravaux, ardiente y complicada,
lo eterno casi todo—apenas casi nada—,

espíritu—mesura, la sonrisa—elocuencia...

(Al Cardenal Rufo, que está más cerca.)

¡No sé precisamente lo que dije, Eminencia!

Mas tuvo que ser algo sutil como una brasa,
fugaz galantería ó perfume que pasa,

poema todo en rosas, apasionado y blando,
que nos da la ilusión de decirse soñando;

la elocuencia de amores que la mujer prefiere,
que vence si se humilla y besa cuando hiere...

La-rí, la... Terminó la música por fin...
Media hora después, solos en el jardín,

la Embajadora de Austria, apasionada y loca,
uniendo con la mía su pequeñina boca,

me dijo sonriendo: «¡Os adoro, marqués!»...
¡El espíritu había triunfado aún otra vez!

Y mientras Philidor, junto al clave...

(Toca procurando recordar y se desespera de no poder conseguirlo.)

No sé...

(Despúes de una explosión de súbita alegría, sentándose al clavicordio á tocar.)

La-ri-rá... ¡El minuete!... Por fin lo recordé.
La-ri-lá, la-ri-lá, la-rá...

CARDENAL RUFO

(Levantándose y aproximándose al Cardenal Montmorency.)

Vuestra Eminencia
perdone si le digo alguna impertinencia...

CARDENAL MONTMORENCY

(Levantándose del clave.)

¡Linda música!... ¿Dice?

CARDENAL RUFO

(Sonriendo.)

Es que para vencer
en tan florido juego á una simple mujer

es mucho media hora... ¡Es un parecer mío!...

CARDENAL MONTMORENCY

¿Lo cree así?

CARDENAL RUFO

El espíritu es siempre más tardío...

¡A cuarenta bergantes fuertes y resolutos
vencí yo con mi espada en dos ó tres minutos!

CARDENAL MONTMORENCY

(Con ironía.)

Si siguiese á la cómica... Su Eminencia vería...
Cómo pasaba media hora y no la vencía.

(Al Cardenal Gonzaga, que piensa en una actitud casi de éxtasis.)

Su Eminencia ¿qué dice?

CARDENAL RUFO

(Acercándose al Cardenal Gonzaga y tocándole las espaldas.)

¿Qué piensa, Cardenal?

CARDENAL GONZAGA

(Como quien se despierta: los ojos llenos de luz y la expresión transfigurada.)

¡Qué diferentemente se ama en Portugal!

Ni la frase sutil, ni el combate sangriento...
Amor es corazón, amor es sentimiento...

Una lágrima, un beso, un dulce repicar...
Dos novios de rodillas, que se van á casar...

¡Tan simple todo! ¡Amor que de rosas se enflora,
y siendo triste, canta, y siendo alegre, llora!

El amor, sencillez que consuela y que besa...
¡Oh, cómo sabe amar la gente portuguesa!...

Tejer del sol un beso, y desde tierna edad,
el amor en el beso, unir á la amistad,

en un anhelo casto y en una estima sana,
sin saber distinguir la novia de la hermana...

Hacer vibrar de amores mil cuerdas misteriosas,
como si en comunión se entendieran las rosas,

cual si todo amor fuese uno solamente...
¡Ay, cómo es diferente! ¡Ay, cómo es diferente!...

CARDERNAL RUFO

¿También Vuestra Eminencia amó?

CARDENAL GONZAGA

También he amado...

¿Se puede allá vivir sin haber adorado?

Sin sentir en el alma,—¡oh, poderla aún sentir—
una saudade en flor que llora al sonreir?...

Sí, amé! Yo tenía apenas quince ab riles,
y ella trece. Un amor de seres infant il es,

como nube de oro al abrir la mañana...
Ella era mi primita... ¡Era casi mi hermana...

Bonita no sería... Mas ¡qué dulce expresión!
La gente se decía en plena población:

«El señor Mayorazgo no hallará igual esposa,
ni en la vieja capilla la santa más hermosa.»

Y cuando, en nuestros juegos, junto á mí la veía,
rezaba por lo bajo: ¡Es mía, es mía, es mía!


GREGORIO VICENTE

¡Oh, cuántas veces, cuántas, cansados de jugar,
nos quedábamos fijos, mirándonos al par,

todos llenos de sol, la frente ruborosa...

(Con una expresión de dolor.)

Era fea, tal vez, ¡mas Dios la encontró hermosa!...

Y una noche mi alma, mi única luz... ¡Murió!

(En una rebeldía angustiosa.)

Dios que me la ha quitado, ¿para qué me la dió?

¿Para qué, para qué?

CARDENAL MONTMORENCY

(Levantándose para sostenerlo.)

¡Valor!

CARDENAL RUFO

(Curvándose también para sujetarlo, todo conmovido.)

¡Resignación!

CARDENAL GONZAGA

¡Ay, también Dios, con ella me arrancó el corazón!

(Cayendo sobre la mesa sollozante.)

¡Que mi vida era ella el Señor no sabía!...
Pensó que de un amor otro amor surgiría,

y matóme... ¡matóme!

CARDENAL MONTMORENCY

¡Eminencia!

CARDENAL GONZAGA

¡Al final,

fué ese ángel al morir quien me hizo Cardenal!

(Exaltándose y cayendo postrado luego.)

¡Y hoy sirvo á Dios, al mismo Dios que me la robó!

CARDENAL RUFO

(A Montmorency; limpiándose una lágrima, mientras suenan las once en el Vaticano.)

¡De los tres, él fué el único que de veras amó!...

CAE EL TELÓN LENTAMENTE

SE ACABÓ
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DÍA XII DE NOVIEMBRE DE MCMXIII
EN LA IMPRENTA HISPANO-ALEMANA,
GONZALO DE CÓRDOVA, 22.
MADRID

Librería de los Sucesores de Hernando

Arenal, 11, Madrid

OBRAS DEL MISMO AUTOR

POESÍA

Intimidades. — Flores de almendro. — Luchas. — Confidencias. — La copa del rey de Thule. — El alto de los bohemios. — Rapsodias. — Las canciones del camino. — Tristitiæ rerum. — Carmen. — El patio de los Arrayanes. — Viaje sentimental. — El mirador de Lindaraxa. — El libro de Job. — El jardín de las Quimeras. — Las horas que pasan. — Saudades. — In memoriam. — Bajo la lluvia. — Torre de marfil. — Andalucía. — Los remansos del crepúsculo. — El espejo encantado. — Los panales de oro. — El balcón de Verona. — Palabras antiguas. — Jardines de plata. — Collares rotos. — El libro de los sonetos. — El velo de Isis. — Lámparas votivas.

EN PRENSA

Las palmeras del oasis. — La cisterna. — La musa gitana. — La casa del pecado. — Ajimeces de ensueño.

PROSA

El milagro de las rosas. — El último Abderramán. — La venganza de Aischa. — Zarza florida. — Breviario de Amor. — Las joyas de Margarita. — Vida y Arte: I. *Julio Herrera Reisig. — Las granadas de rubíes. — Fiesta de poesía. — Las garras de la pantera.*

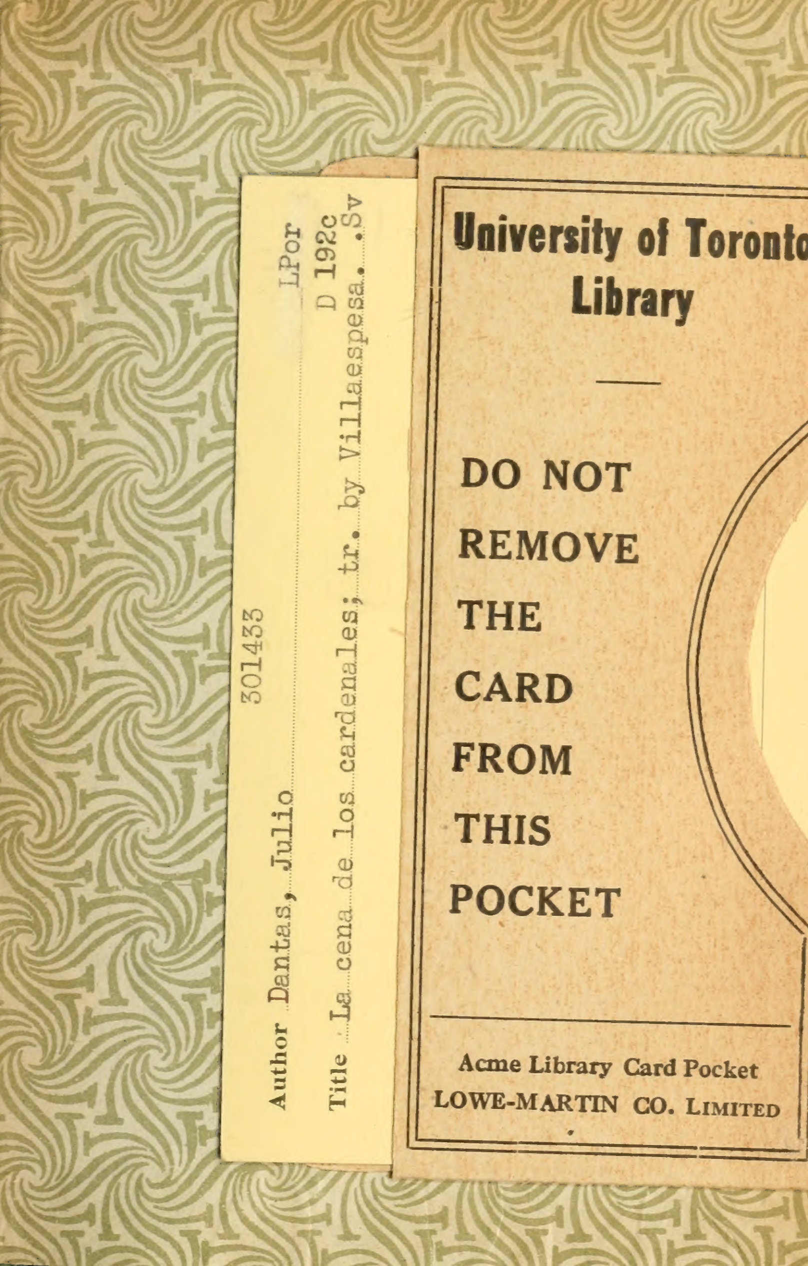
TEATRO

El Alcázar de las Perlas. (Tragedia árabe en cuatro actos y en verso.)
Doña María de Padilla. (Drama histórico en tres actos y en verso.)
El Rey Galaor. (Tragedia en tres actos y en verso, inspirada en un poema de Eugenio de Castro.)
Judith. (Tragedia bíblica en tres actos y en verso.)
Era él. (Poema en un acto y en verso.)
Ensueño de una noche de invierno. (Poema lírico en tres cantos y en verso. Música de Ramón María Montilla.)
Abén Humeya. (Tragedia morisca en cuatro actos y en verso.)
El Halconero. (Poema trágico en tres actos y en verso.)
El ídolo roto. (Comedia en un acto y en prosa.)
Un nocturno de Chopín. (Comedia romántica en un acto y en prosa.)
Pascua de Resurrección. (Comedia en un acto y en prosa.)
La Leona de Castilla. (Tragedia castellana en cuatro actos y en verso.)
El Pirata. (Poema dramático en tres actos y en verso.)
La Maja de Goya. (Episodio dramático en cuatro actos y en verso.)
La Cenicienta. (Poema en un acto y en verso.)

TRADUCCIONES

Hernani. (De Víctor Hugo.)
La Gioconda. (De Gabriel d'Annunzio.)
La cena de los Cardenales. (De Julio Dantas.)
Rosas de todo el año. (Del mismo.)
Don Beltrán de Figueroa. (Del mismo.)
Dolor supremo. (De Marcelino Mezquita.)
Almas enfermas. (Del mismo.)
La hostelera. (De Goldoni.)
Betina. (De Alfredo de Musset.)
Noche veneciana. (Del mismo.)
Al vado o al puente. (Del mismo.)





301433
Author Dantas, Julio
LPor
D 192c
Title La cena de los cardenales; tr. by Villaespesa. .Sv
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

